Asunto de Genes

Eleuthero Zakin

Capítulo 1

Capítulo 1: La llegada

Era normal para Carlos desayunar pan con queso y una taza de té los días sábado, en la pequeña mesa redonda de madera de la casa, cubierta con un delgado mantel azul.

Carlos Armando era una persona con un humilde trabajo de gasfíter y vivía en el departamento de su madre. De piel trigueña, estatura promedio, contextura delgada, un cabello negro y corto que peleaba con su peineta todas las mañanas —incluso usando gel capilar—, ojos diminutos y labios finos, físicamente se consideraba nada agraciado. Por esa razón, no se esforzaba en conseguir pareja ni amigos. Estaba cómodo en su rutina, vistiendo el mismo tipo de traje jardinero tanto para su trabajo como para la vida diaria.

—Hijo —se oyó una voz femenina en otra habitación—, voy a hacerme la manicura con la vecina.

—Ya, mamá —respondió Carlos.

La mamá de Carlos era una señora de edad, con su canoso cabello amarrado en forma de cebolla, delgada y tan encorvada que dependía de un bastón para caminar. Tenía rasgos físicos similares a los de su hijo, aunque sus anteojos color rojo agrandaban sus ojos a simple vista.

Cuando escuchó a su madre cerrar la puerta, Carlos se concentró únicamente en su desayuno.

Sin embargo, en el momento que llevaba su taza a la boca, apareció una repentina luz en mitad de la sala, seguida de una ráfaga de viento qué empujó todas las cosas que tenía sobre la mesa. La inesperada ráfaga hizo que derramara todo el té sobre su cara y parte de su polera azul, lo cual, para su fortuna, no le provocó quemaduras debido a que el líquido estaba tibio.

Carlos intentó secar sus ojos con las manos para ver qué estaba sucediendo. Cuando terminó la ráfaga, notó el desastre en la habitación.

—Ay, mi mamá me hará limpiar —se dijo aquel hombre, con decepción.

Pasado el espasmo, miró hacia donde se originó la luz y notó a cuatro personas que aparecieron de la nada. Todos vestían extravagantes trajes apretados de color negro, con unas delgadas franjas de colores según el individuo y lentes transparentes del mismo color. De no ser por aquellos detalles, serían confundidos a la vista con masoquistas en una película de

ciencia ficción. Eran dos mujeres y dos hombres, todos en impecable estado físico, lo que causaba envidia en Carlos, sobre todo al observar su cuerpo flaco con estómago sobresaliente.

—Lo tenemos frente a nosotros —dijo la mujer más pequeña, de rasgos asiáticos, un corte de cabello negro estilo *bob* e identificada con el color púrpura.

—¿Qué sucede? —se preguntó Carlos en voz alta.

Los cuatro se le acercaron dando pasos firmes como táctica intimidatoria, con expresión agresiva en sus rostros y revelando algo similar a armas de fuego. Carlos se sintió aterrado y se paralizó. El hombre más alto, identificado con el color amarillo, de rubio con corte militar, abultada barba y bigote y una cicatriz que atravesaba la zona de su ojo izquierdo en forma vertical, le dijo:

—Carlos Armando, cuarenta y un años de edad en esta época, venimos de la organización *TimeClay* para verlo exclusivamente a usted.

Carlos, aun asustado, intento articular palabras tratando de controlar su mandíbula temblorosa.

—A… ¿A mí? Y… ¿Y por qué?

—Es confidencial.

No obstante, la otra mujer, cuyo traje poseía tintes de verde esmeralda, de larga melena color castaño en cola de caballo y enormes ojos color púrpura, mostró cierta compasión por Carlos:

—Oigan, ¿Y si le informamos?

El cuarto integrante, quien adornaba su traje con el color naranjo, de piel morena y finas rastas amarradas en una corta cola de caballo, preguntó en completo desacuerdo:

—¿Le revelaremos nuestra información al objetivo?

—Él no vivirá después de todo —dijo la de pelo castaño—, es lo mínimo que podemos hacer, sería una cortesía.

Los cuatro miraron a Carlos, para luego mirarse entre ellos y abrazarse entre todos como si fuesen un equipo de futbol, con tal de hablar en voz baja. El humilde gasfíter no lograba entender nada. En un momento, la de cabello castaño se levantó y les dijo a sus compañeros:

—Está bien. Yo se lo diré.

Ella fijó su mirada en Carlos, quien aún se mostraba asustado.

—Escucha, Carlos Armando: nuestra misión es eliminar el origen de un ADN rebelde, que se sabe comenzará su germinación en este tiempo.

Carlos miró a la intrusa con duda.

—¿Genes?

—Nuestra sociedad ha convivido en armonía gracias a un sistema destinado a la modificación de genes, los cuales impiden el nacimiento de personas impredecibles y propensas a seguir sus instintos. Gracias a dicho método, hemos terminado con las guerras y estamos cerca de lograr la ansiada paz mundial.

—Por desgracia —Intervino la asiática, lo que llamó la atención de sus compañeros—, los científicos han tenido problemas con una cierta cantidad de personas, quienes no perciben el mismo nivel de efectividad. Aun nace gente inmune y estos pueden transmitir la inmunidad a sus futuras generaciones. La razón está en sus genes, los que desarrollaron condiciones especiales que imposibilitan su modificación.

Habiendo notado un ambiente menos opresivo, el de tez oscura decidió hablar también:

—Esta situación aún no presenta problemas, pero se especula que a futuro los conflictos a gran escala volverán gracias a la presencia de aquellos individuos.

Carlos, quien comía lo que quedó de su pan con queso por mero instinto, estaba confundido.

—Disculpe, no entiendo. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

El rubio barbón le dijo:

—Que el origen de esos genes viene un único origen: tú.

—¿En mí? —Pregunto con total incredulidad.

—Los científicos han determinado —habló la de cabello castaño— que toda persona anómala proviene un vínculo sanguíneo que tendrá descendencia dentro de un año. El individuo con el que coincidieron es una persona de origen latino, y descubrieron que se trataba de Carlos, alguien que acostumbra a desayunar pan con queso los días sábado. Es una persona

con un trabajo humilde y vive en el departamento de su madre.

—No sé si sentirme halagado por eso de los genes… o por sentirme patético porque sepan de mi aburrida vida.

—Afortunado no deberías sentirte —dijo el moreno—. Si fuese tú, me aterraría de saber que desean eliminar el gen en mi cuerpo.

—Que… ¿Qué quieres decir?

—Vinimos a terminar con tu vida —dijo el rubio, sin rodeos— para que no dejes descendencia.

—¡¿Que qué?!

Carlos mantuvo sus ojos abiertos por completo, mientras su mandíbula temblaba.

—Ya dijimos suficiente —dijo el rubio, mientras levantaba su arma—. Terminemos con él.

Con la desesperación encima, Carlos sintió la necesidad de implorar clemencia a sus futuristas ejecutores:

—¡No me maten, por favor ¡ ¡Yo no tengo relación con ninguna mujer, nunca la he tenido! ¡Lo único que he hecho con este aparato fue donar esperma en hospitales! ¡Pero jamás nunca he tenido un solo…!

—¡¿Donaste esperma, dices?! —Interrumpió la de cabello castaño con un repentino grito.

Desde ese momento, los cuatro soldados del futuro se miraron petrificados.

—Dijo que era donador de esperma… —parafraseó la asiática, aun incrédula de lo que escuchó.

En completo enfado, el rubio fue hacia Carlos y le sujetó la polera con su brazo derecho.

—¡¿Dónde está?! ¡¿Dónde queda ese hospital?!

Carlos, invadido tanto por el terror como de la vergüenza, habló con dificultad:

—No… no es un solo hospital…

—¿Cómo dices? ¡¿Cuántos son?!

—H-¡He donado esperma en diez hospitales…!

Los viajeros mostraron preocupación.

—¿Ninguno de ustedes lo sabía? —dijo la de pelo castaño a sus compañeros.

—A mí no me informaron —dijo el rubio—. Pero veo que los altos mandos tampoco estaban enterados de ese «detallito».

—Pero ahora entiendo por qué tenía diferentes parejas, según sus archivos —dijo la asiática.

—No nos preparamos para esto —dijo el moreno.

De pronto, se escuchó el sonido de la puerta principal. El rubio apuntó hacia donde venía el sonido, pero la de pelo castaño hizo un gesto para que la escondiera. Dicho y hecho, todos escondieron sus armas.

—Hijo, volví porque se me quedó la plata.

—¡Mamá! —dijo Carlos con preocupación.

Cuando llegó la madre de Carlos al comedor, vio a su hijo junto a esos cuatro jóvenes que jamás había visto. Mostró una expresión de sorpresa:

—¡Carlitos, trajiste amigos para la casa! ¡Hace años que no te veo tan acompañado! ¡Me emociona tanto!

Los visitantes sonrieron de forma incómoda, mientras Carlos intentó aclarar la situación:

—Mamá, ellos son…

—¡Sus amigos de la universidad! —interrumpió el moreno.

—¿De verdad? Hijo, no recuerdo que estudiaras en la universidad.

Todos se mostraron preocupados.

—Es que… —habló la de pelo castaño— Nosotros nos conocimos… ¡En un curso de gasfitería de la universidad! ¿Cierto, chicos?

Los demás le asintieron a la castaña.

—Ah, ahora entiendo. Qué bueno que visiten a mi hijo. Siempre está tan preocupado del trabajo y así como va, creo que nunca me dará un nieto.

—¡Mamá!

—Siempre es bueno visitar a un amigo —dijo el rubio, mientras abrazaba la nuca de Carlos, el cual se sentía casi impedido de respirar por los enormes músculos que le rodeaban—. De hecho, queríamos pedirle a usted si… nos dejaba estar un tiempo con él… claro, si no le molesta.

Carlos sentía unas frías gotas de sudor en la frente, mientras su madre sonreía.

—Pero por supuesto, les puedo dejar en la sala de la lavadora, tengo algunos colchones para que estén un tiempo.

—Gracias, señora —dijo la asiática.

Cuando la mamá de Carlos sacó su monedero, se fijó en el desastre que su hijo dejó en la sala y le regañó:

—¡Oye Carlos! ¡Cuando terminen la fiesta, vas a limpiar la mesa y el piso! ¡Mírelo! ¡Desordenando con los amigos cuando no estoy en la casa! ¡No se me funda!

Cuando la madre se fue de la casa, todos se mostraron más relajados. Carlos aun mostraba preocupación de su cruel destino y más con sus ejecutores dentro de su casa.

—No estábamos al tanto de tu “gusto” por donar esperma —dijo la castaña.

—¡Pero ya no lo hago, lo juro! ¡Fue una etapa!

—Por esa razón —dijo el moreno—, necesitamos tu cooperación para encontrar esos 10 hospitales y eliminar las muestras.

Carlos se mostró impresionado por la descarada petición, algo que de inmediato lo motivó a fruncir el ceño en una ira temporal.

—Pe… pero… ¿Por qué les debo ayudar? Ustedes quieren matarme. Además, ni siquiera sé sus nombres.

Al ver el enojo de su objetivo, los cuatro miraron a la castaña, en espera de su opinión. Esta mostró una leve sonrisa.

—Ya saben, cortesía. Solo digamos nuestros nombres clave.

Aún con la duda en sus mentes, hicieron caso. El rubio fue el primero en hablar.

—Me presento: soy Goldeneagle. Comando especial de la corporación *TimeClay*. Me encargo de las operaciones de emergencia.

—Creo que fue mucha información… —dijo la asiática, para mirar a Carlos—. ¿Ya qué? Mi nombre es Hollow, me especializo en tecnología.

—Yo soy Grossenstolz —dijo el de piel oscura—, mi trabajo es la exploración de los terrenos del pasado.

—Y yo soy la capitana del grupo —dijo la de pelo castaño—: Mi nombre es Mantra.

Carlos se impresionaba —por no decir que le causaba risa en el interior— con los nombres de los agentes del futuro y no evitó preguntar:

—Disculpen, ¿no tienen agentes como «Súper Macho» o «Capitán Megapoderoso» entre sus filas?

—Espera —Dijo Goldeneagle, impactado, mientras llevó su mano a la camisa de Carlos—, ¿cómo conoces la existencia de esos agentes, si solo eres un civil del pasado?

—¡Eh…! —Carlos intentó hablar con el susto—. ¡Creo que adiviné…!

Cuando el rubio soltó a Carlos, Mantra le dijo:

—Lo siento, Carlos, pero no tienes opción… —ésta suspiró con molestia—Tampoco nosotros. Por favor, ayúdanos y te juro que buscaré una forma de recompensarlo.

—Acaso… ¿este es el destino que debo seguir?

El gasfíter del pasado miraba con tristeza a los soldados del futuro, mientras estos los miraban con inquietud. Sabía que estaba prácticamente secuestrado. Más que su bienestar, pensaba en su madre, que podría salir afectada de todo esto.

—Ustedes, los del futuro, son unos malvados… Ok, les ayudo, pero por favor…

Carlos respiró hondo antes de concluir:

—Por favor, no le digan a mi mamá que soy donador de esperma.

Capítulo 2

Capítulo 2: Mas trabajo de lo esperado

1

La entrada del enorme edificio tenía escrito, en sus dos puertas de vidrio, la palabra «hospital» en color rojo. Era una clínica reconocida, con años de servicio y una buena atención.

En el interior se hallaba una recepcionista joven, de contextura robusta, rostro redondo y cabello negro amarrado en bola de cebolla. En sus años de trabajo vio muchas cosas raras, pero nada comparado con lo que vendría en aquel momento, cuando vio entrar a cuatro personas con vestimentas extravagantes, junto a un humilde trabajador.

—Buenas tardes —dijo el enorme tipo rubio, nombre clave: «Goldeneagle»—, necesito ver la sala de inseminación.

—Disculpe —dijo la recepcionista, con una ceja levantada—, ¿cómo dijo?

—Necesitamos llegar a la sala de inseminación y eliminar la muestra de esta persona.

Los cuatro empujaron a Carlos para que lo viera la enfermera. El aludido intentó tapar su rostro con ambas manos.

—Pero ustedes no son parte del personal —dijo la recepcionista—, no pueden entrar.

—El futuro de la humanidad depende de que destruyamos la muestra de este individuo —habló Mantra— y así evitar que difunda sus genes a otras generaciones.

La mujer de la clínica, incrédula de lo que hablaban los desconocidos, entrecerró sus ojos.

—¿Acaso están locos?

—Me pregunto lo mismo —respondió Carlos.

A pesar del argumento inverosímil de los tipos de traje, la recepcionista buscó en sus archivos e imprimió unas hojas en blanco y negro. Era parte de su oficio mostrar amabilidad en todo momento posible, incluso si las circunstancias fuesen las menos favorables.

—Mire, no hay problema si ya no desean… compartir sus genes o como le digan. Lo único que debe hacer es llenar este formulario y, en un plazo de 90 días máximo, habrán respondido su...

—¡No podemos esperar tanto tiempo! —interrumpió Hollow.

—Así es el procedimiento: mientras más rápido el señor llene el formulario, más pronto responderán la solicitud.

Los cuatro viajeros del futuro se miraron, para luego alejarse un par de pasos y hablar entre sí en voz baja. Ni Carlos ni la recepcionista los escucharon. Al terminar de susurrar, se irguieron y volvieron al punto inicial.

—¿Sabes, Carlos? —dijo Grossenstolz—: mejor quédate, hazle caso a la enfermera.

—Recepcionista, señor —le corrigió la aludida.

—De acuerdo... —dijo Carlos, extrañado—. ¿Adónde van?

—Iremos de paseo —dijo Mantra—, volvemos en seguida.

Los cuatro salieron de la clínica y de inmediato miraron a todas partes. Al corroborar que nadie los observaba, éstos buscaron una entrada lateral sin gente y se escondieron en ella. Hollow levantó un aparato portátil, un dispositivo cuadrado gris que emitía hologramas a color en forma esférica y que tenía adherido un mango con botones. El dispositivo emitió un holograma en 3 dimensiones de los planos del edificio.

—¿Recolectaste información suficiente? —preguntó Mantra.

—Apenas —respondió Hollow—. Los computadores de esta época son muy obsoletos, pero obtuve la ubicación de la sala de inseminación.

—Perfecto, vamos hacia allá.

Los agentes del futuro venían preparados con todo tipo de artilugios futuristas, aunque al no considerar la infiltración como parte del operativo, su equipamiento no era del todo inadecuado. Para su fortuna, no lo necesitaron, porque la sala que buscaban se ubicaba en un punto con nula presencia de gente.

—Lo encontramos —dijo Grossenstolz.

El moreno saco su kit para abrir cerrojos, pero cuando se dispuso a

manipular el mecanismo, Mantra tomó la manija y la abrió sin problema.

—Te ahorré trabajo —dijo la líder, con una sonrisa.

—Sí, muy gracioso —respondió Grossenstolz con desdén.

Los agentes ingresaron con tal confianza, que no se percataron de la diminuta cámara frente a la puerta, a unos metros de altura.

2

En la sala de vigilancia de la clínica, un guardia gigante vestido de azul marino, de piel rosada y enorme bigote pelirrojo, disfrutaba su café acompañado con pan relleno con carne de pollo y mayonesa —también llamado «ave mayo»—. Los últimos días los encontró aburridos, al punto de sentir que el tiempo pasaba cada vez más lento, lo único que deseaba era que terminase su jornada de trabajo.

Sin embargo, cuando el guardia miró uno de los monitores por casualidad, descubrió que la puerta de la sala de inseminación estaba abierta. «Es raro ver a alguien ahí» se dijo mentalmente, «tal vez están los médicos buscando muestras». Pero miró más a fondo y mostró sorpresa al ver personas que vestían de forma inapropiada para un hospital. Quienes estaban en el interior eran intrusos con extrañas vestimentas, por lo que no dudó un segundo y llamó a sus colegas por el teléfono con cable que poseía:

—¿Hola?... ¡Oigan, estén en alerta…! En la sala de inseminación hay 4 tipos vestidos de masoquistas... Sí... Sí… se nota, parece que quieren tener relaciones dentro, no veo otro motivo... ¡Ya, también voy en camino!

Luego de colgar, el guardia tomo una macana sobre la mesa, la cual usaba con frecuencia para espantar vagabundos y gente conflictiva, y fue corriendo para apoyar a sus compañeros.

En tanto, los agentes del futuro tenían problemas en encontrar la muestra de Carlos.

—¿En dónde está? —se quejó Goldeneagle.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —dijo Hollow—. Guíense en el orden alfabético de los estantes.

—Sí, claro. No perderé el tiempo buscando letras, quiero la muestra.

—¡Ay, escuchen lo que dijo!

Al ver que el rubio se mostraba terco, la asiática se entrometió entre sus compañeros para buscar. Apenas estuvo poco más de un minuto para hallar el frasco, Lo movió hasta dejarlo a la vista, donde el nombre de Carlos se apreciaba con claridad, escrito en tinta azul.

—Lo encontré, ¿ven que sirve buscar por letras, Golden?

Sin embargo, en ese instante se escucharon unos pasos acelerados que provenían de ambos lados del pasillo. En un costado venía el guardia de bigote pelirrojo, mientras que en el otro venían dos guardias más: uno diminuto y flacucho y el otro tan grande como el primero, pero más robusto. Los tres se reunieron en la puerta abierta y encontraron a los intrusos in fraganti.

—¡Alto ahí! — grito el guardia de bigote, mientras les apuntaba con su fiel macana.

Mantra no esperó ser descubierta y, en el momento de tener a los guardias encima, se tomó el tiempo de dar un vistazo rápido y hallar el aparato delator fuera de la sala.

—¿Una cámara? ¿En serio? ¿Cómo no la tomaste en cuenta, Hollow?

—¡La información era incompleta! —respondió—. Además, Grossen debían estar al tanto del terreno.

—Claro, échame la culpa a mí de tu error —dijo el moreno.

—Es hora de que se vayan —dijo el guardia bajo—, ¿creen que esto es un sitio para tener relaciones? Hay moteles a unas cuadras de acá.

Los agentes del futuro dijeron al unísono:

—¿Cómo?

—No se hagan —dijo el guardia robusto—, ¿por qué otra razón usarían vestidos de masoquistas?

Ante la declaración, los agentes miraron sus trajes con pudor y algo de vergüenza.

—Última advertencia —dijo el guardia de bigote—: si no se van ahora, recurriremos a la fuerza bruta.

Al no tener opciones aparentes, Goldeneagle y Grossenstolz mostraron unas pistolas de desintegración, con unos llamativos colores grises y

adornados con líneas de luz multicolor que asemejaban ser de neón. Los guardias pensaron que eran de juguete.

—¿Qué van a hacer? —Continuó el bigote, confiado—. ¿Atacarnos con balines de plástico?

—Oye —dijo el diminuto—, ¿Y si llenaron esas pistolas con…? Tú sabes, como parecen de agua…

—¡¿Cómo?! ¡Si se atreven a dispararnos con eso, les juro que…!

Sin embargo y sin pensarlo demasiado, Goldeneagle apuntó hacia la muestra con el nombre de su objetivo, al cual disparo una descarga certera. Pero en vez de desintegrar la muestra, como creían que iba a pasar, el frasco explotó junto con una decena de muestras más, las cuales salpicaron hacia el rubio. Los demás pudieron alejarse a tiempo.

—¡Ah, qué asco! —gritó el afectado.

En cuanto a los guardias, solo notaron la explosión de los frascos, mas no la descarga. Estaban más preocupados de no ensuciarse con las muestras que de los intrusos, quienes aceleraron su paso y los evadieron con facilidad.

3

—¿Pongo mi nombre completo? —dijo Carlos.

—No, solo nombre y apellido —respondió la recepcionista.

—Ya... ¿Y qué pongo en donde dice «recinto»?

—Da lo mismo, no ponga nada.

Carlos estaba a punto de llenar el formulario y poner su firma, cuando de pronto se escuchó un alboroto en el interior de la clínica, el cual se hizo más y más audible. Los gritos y las pisadas llamaron la atención de ambos y de la demás gente en el lugar. Acto seguido, aparecieron los cuatro agentes del futuro, quienes eran perseguidos por los guardias del recinto, los cuales aparecieron a los segundos.

—¡Detengan a esos masoquistas! —gritó el guardia con bigote.

El gasfíter donador mostró una expresión desdeñosa por la repentina situación y emitió un gruñido.

—Oiga, don Carlos —dijo la recepcionista—, ¿Acaso no son ellos sus

amigos?

—Amigos no son —aclaró el aludido, con desdén—, pero vienen conmigo.

Carlos le entregó la hoja a la recepcionista y salió de la clínica a toda velocidad, en busca de sus captores.

En tanto, éstos estaban a punto de ser alcanzados por los guardias.

—¡Usemos el desintegrador el ellos! —Dijo Goldeneagle, con su voz agitada.

—¡¿Y alterar el curso normal del tiempo?! —dijo Grossenstolz, igual de fatigado—. ¿Estás loco?

—¡Estamos perdidos! —dijo Mantra—. ¡Seremos capturados en este tiempo!

Cuando los guardias estaban por alcanzarlos, Carlos gritó a lo lejos:

—¡Deténganse, por favor!

Tanto los guardias, como los agentes vieron como el gasfíter corría hacia ellos. Al llegar, respiró con agitación para recuperar oxígeno y se cruzó entre ambos. Sentía muy en el fondo que se arrepentiría de su actuar.

—Por favor, señores guardias —dijo Carlos—, perdonen a mis amigos. Son algo...

El donador miró a los cuatro agentes del futuro y, luego de fruncirles el ceño, continuó:

—Eh, idiotas, no se me ocurre una mejor palabra.

—Destruyeron propiedad del hospital —dijo el guardia bajo—, no podemos dejarlo pasar.

—¿Existe alguna forma para arreglar lo sucedido?

Luego de pensarlo un poco, el guardia de bigote dijo:

—Hay una forma de solucionar todo: deben dar una declaración jurada en la clínica.

Carlos no mostraba impedimento para seguir el consejo del guardia. Para su lamento, al ver los rostros de los futuristas —todos demostrando un

claro desacuerdo—, suspiró de forma sonora y dijo:

—¿Serviría esta declaración?

Carlos reveló un fajo de billetes de su bolsillo, fruto de su esforzada labor, estaba sumido en el dolor por el solo hecho de usarlo.

Afortunadamente, los guardias mostraron interés y nada de vergüenza al mirar el dinero. El guardia robusto, luego de ver a sus colegas con una sonrisa, lo tomó y lo guardó en su bolsillo derecho.

—De acuerdo… Váyanse, diremos que no los alcanzamos. ¡Pero no vuelvan a aparecer por acá!

—Lo prometemos —dijo Carlos, para dar la media vuelta.

Carlos pasó entre medio de los agentes, con su rostro arrugado y fijando su vista a la calle.

—Eh… —habló Mantra, con algo de duda—. Gracias, Carlos.

Por desgracia, el aludido estaba tan enfadado que no quiso hablar. Tan solo se limitó a mirar de reojo para notar las manchas de Goldeneagle.

—Oye, lo que tienes encima, ¿es lo que creo que es?

—Sí, es lo que crees —dijo el rubio con total indiferencia, mientras llevaba sus dedos a la muñeca izquierda para presionar unos botones.

—Aléjate, Carlos —le dijo Mantra, mientras le sostenía el antebrazo para alejarlo unos metros.

El rubio presionó un último botón, con lo cual generó una especie de campo de fuerza corporal, el cual se formaba por la modificación del viento a unos milímetros de la piel y otorgó una impermeabilidad que despegó las manchas en su cuerpo para deslizarlas hasta el piso.

—¿Cómo es que…? —preguntó Carlos—. Ah, olvídenlo.

El humilde hombre del presente dio la vuelta y dejó de mirar a sus acompañantes, quienes se dieron cuenta de su malestar y lo siguieron.

—Les dije que no estaba entrenado en sigilo —dijo Goldeneagle.

—Pero al menos eliminamos la muestra —dijo Grossenstolz—, ya es una victoria, ¿o no?

—Tienes razón… —dijo Mantra— aunque apenas fue el primer hospital. todavía quedan nueve.

Capítulo 3

Capítulo 3: El último detalle

1

La recepción de público de aquel hospital era baja durante la semana, por lo que los dos jóvenes recepcionistas, quienes entraron a trabajar tan solo hace un mes, se mostraron relajados. Ambos eran enjutos, uno usaba lentes cuadrados y pelo rojizo afro, mientras que el otro era albino y más alto.

Por desgracia, su descanso se vería interrumpido cuando, de pronto, las pantallas de sus computadores mostraron fotografías de animalitos, tanto reales como dibujados por niños, los cuales les impedían acceder a sus datos.

—¡No puede ser, nos hackearon! —dijo el chico de pelo afro.

—¡¿Seguro que no fuiste tú?! —preguntó el albino.

—¡Claro que no, yo no veo esas cosas!

—¡Mejor llamaré al soporte técnico!

Mientras el albino levantaba el teléfono, aparecieron dos personas de aspecto extraño. Uno era un gigante rubio y musculoso, vestido con camisa hawaiana naranja, shorts blancos y sandalias de bambú. La otra era una mujer de rasgos asiático con cabello corto, de vestido negro para bailar tango. Ambas vestimentas, además de inadecuadas para el trabajo, eran demasiado ajustadas para sus esculturales cuerpos.

—Venimos a revisar sus aparatos —dijo el rubio, con mirada intimidante.

Los empleados no recordaban haber visto esas caras antes, no obstante, como eran recién llegados, no cuestionaron nada, ni siquiera los extravagantes trajes que vestían. Con toda normalidad, el albino colgó el teléfono y dijo sorprendido:

—Guau, qué eficientes.

Ambos recepcionistas se pararon y dejaron sentarse a los dos supuestos informáticos, quienes se trataban, en realidad, de Goldeneagle y Hollow. Ambos se sentaron solo para teclear sin razón y con el objetivo de ganar tiempo.

Hollow fue la responsable de esparcir el virus informático al hospital. Dicho virus era instalado a distancia, tomando ventaja de su tecnología avanzada para alojarlo en los computadores conectados a la red interna. Ya lo había ocupado en los últimos 5 hospitales, con un éxito mayor al esperado, en especial porque desarrolló un método de autoeliminación con solo presionar un botón en su bolsillo. La evidencia desaparecía sin dejar rastro alguno.

En otra parte, un par de empleados de limpieza, vestidos con overoles verdes y franjas blancas, además de llevar mascarillas quirúrgicas y cofias blancas, buscaban con interés un cuarto denominado con el número 96, el cual correspondía a un laboratorio de muestras. Éste contaba con un tablero numérico para ingresar claves. Sin embargo, no fue nada para la supuesta empleada, que contaba con un aparato que emitía una señal para intervenir en su programación y abrió sin problemas la puerta.

Al ingresar, se sacaron sus cofias y mascarillas. Se trataban de Mantra y Grossenstolz, quienes de inmediato fueron hacia el contenedor con las muestras de esperma. No demoraron más de un minuto en hallar la muestra de Carlos. La reemplazaron con un frasco vacío y se llevaron la original.

Mientras tanto, en la recepción del hospital, los falsos informáticos aún jugaban con el teclado mientras emitían miradas serias.

—Espero que puedan eliminar el virus —dijo el recepcionista afro.

—También nosotros —dijo Hollow.

—Está demorando un poco —dijo Goldeneagle, en alusión a sus demás compañeros, tan solo por impaciencia.

Fue ahí que ambos recibieron la voz de Mantra, a través de unos auriculares diminutos escondidos en sus oídos izquierdos:

—Tenemos la muestra. Retírense.

Como ya le era costumbre, la asiática llevo con disimulo su mano al bolsillo y presionó el botón en el dispositivo. En unos segundos, el virus de animales desapareció de todos los computadores del hospital, como por arte de magia.

—¡Por fin neutralizamos el virus! —dijo Hollow—. ¡Nos vamos!

Los supuestos técnicos se levantaron con mucha prisa para salir con prontitud del recinto, ante la mirada de los dos recepcionistas:

—¿Te fijaste en la japonesa? —murmuró el albino, fascinado del físico de la supuesta informática.

—La verdad, no —dijo su compañero de pelo afro—. Me concentré más en el cuerpo musculoso del rubio.

—Eh… ¿Cómo?

Ya a una decena de metros, los cuatro agentes se reunieron y chocaron sus manos.

2

En la casa de Carlos, éste ordenaba su cama para terminar con la limpieza completa de su habitación, cuando escuchó unos golpeteos en la puerta.

—¡Ya voy! —gritó.

Cuando abrió la puerta, vio de frente a Hollow y a los otros tres detrás, con las mismas ropas en la que usaron en el hospital. La asiática mostraba una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Lo logramos, Carlos! ¡Por fin eliminamos tu descendencia!

Hollow no resistió más la felicidad y la compartió con Carlos mediante un sorpresivo abrazo, ante la mirada de sus compañeros.

Por fin lo habían logrado. El escuadrón pudo entrar al último hospital para eliminar los genes de la discordia. Fue un trabajo arduo e inesperadamente largo, tardó cerca de un mes y medio el planificar el ingreso a cada recinto sin llamar la atención y menos alterar el flujo del tiempo, como casi ocurrió en el primer hospital. Para la segunda ocasión, decidieron no apresurarse y tomar todas las precauciones posibles. Y aunque aún se hallaban con sucesos inesperados al principio, perfeccionaban más sus tácticas de infiltración con cada hospital que ingresaban, lo cual quedó en evidencia en las últimas misiones donde ni siquiera llamaron la atención.

—De haber estudiado la tecnología primitiva antes —dijo Hollow—, no habríamos demorado tanto.

—De haber esperado los noventa días que, en esta semana se cumplieron, para que sepan —dijo Carlos—, quizás ustedes no habrían gastado tantos recursos.

—Ya no importa, Carlitos —dijo Grossenstolz—. ¡Debemos celebrar como

corresponde, antes de volver!

—Agradézcanme que les sugerí lo de vestir con ropa casual.

—Me encantó esa idea, Carlitos —dijo Goldeneagle—. Espero que mis superiores me dejen llevar esta ropa al futuro.

Con el tiempo, los viajeros se hicieron muy amigos de Carlos. Desde que los salvó en el primer hospital, se sintieron en deuda con él, al punto de que se mostraron más abiertos que al principio de entablar una relación de compañerismo, incluso dándose la molestia de llamar a su objetivo con diminutivos, mientras revelaban sus verdaderos nombres. También ayudó la empatía del hombre del presente, con la cual logró recibir más de una sonrisa de Mantra, conocida entre sus pares por ser una mujer callada y distante. De hecho, la líder del grupo dijo en aquel momento:

—¿Y por qué no celebramos ahora?

Eso llamó la atención de sus compañeros, fue un gesto inesperado de su líder. Todos sonrieron por la idea.

—Pues, les contaré un secreto —dijo Carlos, entusiasmado con la idea—: mi mamá suele guardar whisky en un mueble, ella piensa que no lo sé, pero solo deben decirme para que lo saque. ¿Qué dicen?

—¿Tu mamá no se enojará por sacarlo sin permiso? —dijo Goldeneagle.

—Siempre se enoja —respondió Carlos—, pero ya es costumbre para mí.

Mantra le mostró otra de sus poco habituales sonrisas:

—Me gustaría probar un trago del pasado, aunque sea una vez.

También emitiendo una sonrisa, Carlos le dijo:

—No se diga más.

Sin embargo, alguien apareció detrás de Carlos, ante las miradas preocupadas de los viajeros. Era su madre, con expresión maliciosa. Al notar su hijo los cambios de humor de los viajeros, volteó con cierto nerviosismo. Observó que su madre sostenía la dichosa botella de whisky, en una caja de cartón azul decorada con una cinta negra, la cual se la acercó con las dos manos. Cuando la recibió, la anciana dijo:

—Solo porque tienes amigos en la casa, te dejaré dejar tomar de mi whisky. ¡Mírelo! ¡Te escuché chanchito!

Los agentes se reían con cierto bochorno de la escena presenciada.

Lo que Mantra notó, además, era que la caja de whisky estaba empolvada, por lo que supuso que la madre de Carlos lo guardaba para una ocasión especial. El hecho de que le dejara a su hijo abrirla le dio la impresión que la ocasión había llegado.

Carlos no perdió tiempo y les sirvió a sus propios verdugos con una sonrisa. En el interior, sentía cierta calma espiritual al aceptar su destino. Observó su interior en retrospectiva y sintió que no realizó nada importante durante toda su vida, por lo que su desaparición no cambiaría nada en realidad. Además, el haber compartido vivencias con gente del futuro, conocer cosas como algunas anécdotas que aún no ocurrían y tecnología ultra avanzada, era su mayor logro y ya se consideraba satisfecho de vivir.

Cuando el hijo terminó de servirles a todos, la madre soltó unas lágrimas y se puso a gimotear.

—¡Mamá! —dijo Carlos, preocupado—, ¿te pasa algo?

—Hijo —respondió—. Estoy tan feliz.

—¿Y por qué?

—Después de tanto, por fin te veo con amigos en la casa.

Los viajeros se mostraron felices por las palabras de la madre. En tanto, Hollow, confiada de su metabolismo, tomó su pequeño vaso de whisky de una sola vez.

—¡Ah, está sabroso!

—Qué bueno que les gustó —dijo la madre, mientras se pasaba la palma por sus ojos—. Tengo pisco guardado si también quieren.

—Todo trago nos sirve, señora —respondió la asiática, con su lengua algo adormecida.

Con una sonrisa, la mamá de Carlos salió de la pieza.

3

—La peor experiencia que tuvimos fue en el primer hospital, seguro —dijo Grossen, mientras exhibía un pequeño vaso de pisco en su mano.

—¿Pero recuerdan el tercero? —mencionó Hollow, con dificultad y una sonrisa—. Ese tenía el laboratorio separado y vigilado por perros. Grossen

usó el traje invisible y aun así lo detectaron por el olor. Tuvimos que arrancar para que no nos atrapasen.

—A mí me gustó el quinto —dijo Goldeneagle—. Cuando se llevaban la muestra en un camión y usamos un taxi para interceptar el cargamento.

—Uno que pagaron con mi dinero —se quejó Carlos.

—Sí —dijo Mantra—. Cuando distrajimos a los conductores, mientras Hollow se robaba la muestra.

Todos estaban sonrientes y bebidos, pero sobre todo la asiática, que no se medía con las copas. En cuanto a Mantra, invadida por la curiosidad, fue hacia su objetivo con su vaso de whisky en mano.

—¿Por qué?

—¿«Por qué» qué? —Preguntó Carlos.

—¿Por qué no eres sociable? Por tu modo de hablar, creí que tenías un círculo social amplio.

—Es que… me da miedo hacer amistades. Puede que me comunique bien con la gente, pero es por mi trabajo de gasfíter, ahí suelo conversar seguido con varios clientes.

Durante la conversación, notaron como Hollow se le acercaba a Grossenstolz con una mirada promiscua, mientras que el último le devolvió una sonrisa.

—¿Quieres besar estos labios, amigo? —dijo la asiática, con su lengua aún más rígida.

—Las relaciones afectivas alteran el curso de nuestra misión —advirtió Goldeneagle, con toda seriedad.

—Lo nuestro no será afectivo, es solo un polvo que se irá con la brisa.

—Los del futuro no se darán cuenta por algo de unos minutos —dijo el moreno.

—Espero sea más que solo unos minutos. Hace años que quería celebrar de esta forma en el pasado.

Ante la mirada desdeñosa del enorme rubio, Carlos y Mantra soltaron una carcajada.

—Así que el alcohol ya llegó a su cabeza—dijo el del presente.

—No es la primera vez —dijo Mantra—: nuestra amiga es conocida por su gusto por el alcohol, pero subestimó el whisky y el pisco, al parecer.

—Ahora que lo dices, ¿Qué tragos existen en el futuro?

—No existen. Se prohibieron por incitar reacciones violentas y osadas en las personas.

—¿En serio? Debe ser aburrido estar allá… Oye, algo no me cuadra: si dices que no hay tragos, ¿cómo es que a Hollow la conocen por eso?

—Porque ella tiene en una farmacéutica que fabrica, en secreto, una sustancia llamada Proteinol, que es un líquido color verde fluorescente, hecho a base de frutos secos y unas gotas de alcohol. Cuando los 4 vamos a disfrutar los fines de semana…

—¿Los cuatro? ¿Hasta Golden va?

El rubio se mostró incómodo, debido a que era considerado entre sus compañeros como uno de los agentes más disciplinados. El hecho de que fuese visto como un hombre revoltoso rompía esa visión que tenía de sí mismo.

—Dile de la competencia, Golden —habló Mantra.

—¡No le hablaré de eso! —respondió el rubio.

—¿Cual competencia? —preguntó Carlos.

—Una vez, nuestro amigo compitió con Hollow para ver quien bebía más copas de Proteinol. Golden perdió y quedó tan mareado, que tuvo que faltar un par de días, excusándose de que estaba enfermo.

—¡Te dije que no quería contarle!

Ambos sonrieron, mientras que el rubio se contuvo para también estirar las comisuras de sus labios.

Por otra parte, Hollow y Grossen se devoraban a besos. Todo aparentaba normalidad, hasta el momento en que se sacaron parte de sus prendas en frente de los demás. Carlos se sintió molesto.

—¡Oigan, oigan! ¡Vayan a esa habitación, no queremos ver sus traseros peludos acá!

—¡Ay, está bien! —dijo el moreno.

La asiática, con su rostro ruborizado tanto por sus deseos como por el alcohol, tomó de la mano al moreno y lo llevó al sitio donde apuntó Carlos.

—Así me gusta, en privado.

—No pienses mal —dijo Hollow, ya con su lengua dormida—, no haremos nada.

—¿Ah, no? Si se estaban sacando la ropa aquí mismo —Tomó la ropa de la asiática y se la lanzó hacia sus manos—, después mi mamá me mandará a limpiar sus cochinadas.

Mantra se reía en silencio cada vez que Carlos soltaba insultos o algún chiste. Su forma de dialogar le llamaba mucho la atención.

El rubio se preparaba para sentarse en la mesa y beber otro vaso de whisky, mientras que la líder le pedía al hombre del presente que la acompañase a la salida del departamento. Éste le asintió y salieron hacia un pasillo, donde al otro lado se apreciaba una baranda redonda de madera, a más de un metro del piso y levantada con barrotes cuadrados de hierro. Ambos posaron sus codos en dicha baranda, con tal de contemplar el patio del edificio desde la altura en la cual se encontraban.

Los dos avistaron todo el edificio en silencio, hasta que Mantra dijo:

—Fue toda una odisea.

—¿Decían que era misión de un día? —dijo Carlos.

—Sí. La misión consistía únicamente en acabar contigo y retirarnos. ¿Qué íbamos a saber de tus gustitos?

—Ay. Cuando lo mencionan, me llega una vergüenza…

Luego de mirarse y sonreír, Carlos miró al frente y le preguntó a Mantra:

—Ahora que terminaron, ¿qué pasará conmigo?

Por desgracia, Mantra se abrumó por la pregunta, le evitó la mirada y observó al frente con una evidente preocupación.

Ante aquel silencio, Carlos no pudo evitar el retorno de su inquietud.